

...después fueron las... guías de sus
propias naciones. En todos ellos... el espíritu de
nuestra revolución.

La revolución rusa fue... por un mo-
vimiento impetuoso de... la atención y
la voluntad de gran... fuera de Rusia,
de intelectuales y... en el fenómeno so-
cialista el... movimiento, desde
etapas... de la humanidad
Asociada... y destrui-
das... mundial, la nación
soviética... antes agraria
se... potencia
industrial... a la pureza del
sistema...

Para... las líneas al
crear y... y siste-
mas políti-... y sistemas
cos de la... Los iniciados



La... en
sistema... Don López
... sistema a
... el go-
... y
... que este
... rusa,
... todo se vol-
... ración resul-
... ignorancia o
... sociales que los

Juan Manuel Flixido en la tribuna de la
Cámara de Diputados
25 de noviembre de 1993

La ortodoxia democrática

El periódico *El Financiero*, que se edita en la ciudad de Mé-
xico, tuvo el mal gusto de publicar el día veintidós del
pasado mes de febrero un artículo firmado por un tal
John Lloyd titulado: Rusia, la nación que se puede espe-
rar.

No es que el señor Lloyd... mal de Rusia
ocurre en Rusia en estos días... según el, se po-
sible esperar como desear... la que

III. Artículos periodísticos, 1993-1994

No. No es eso. Si... en el otro sentido... que
prevalece en aquella... la...
ocuparse de ella. Todo... llamado...
tubajos de la polémica... sobre el...
Cada quien tiene sus... y...
por qué ocuparse de los... en...
los acontecimientos en... en...
otra cosa.

Para decirlo de una... integrado...
trada en un periódico... y...
grande espacio a un... como...

La ortodoxia democrática

El periódico *El Financiero*, que se edita en la ciudad de México, tuvo el mal gusto de publicar el día veintiséis del pasado mes de febrero un artículo firmado por un tal John Lloyd titulado: Rusia, lo mejor que se puede esperar.

No es que el señor Lloyd hable bien o mal de lo que ocurre en Rusia en estos días y de lo que, según él, es posible esperar como desenlace final del conflicto que asuela a la que antes fuera una nación soviética.

No. No es eso. Si se tratara de una opinión más en este o en el otro sentido sobre la situación caótica que prevalece en aquella lejana nación, no valdría la pena de ocuparse de ella. Todo mundo está habituado ya a los altibajos de la polémica general desatada sobre el tema. Cada quien tiene sus propias ideas al respecto y no tiene por qué ocuparse de las ajenas; no cambiaría el curso de los acontecimientos en Rusia. Se trata, en realidad, de otra cosa.

Para decirlo de una vez, parece exagerado dar entrada en un periódico como *El Financiero* y otorgarle tan grande espacio a un escrito tan confuso como el que

peregeñó Lloyd en un momento de evidente somnolencia intelectual. El defecto que padece ahí el pensamiento de Lloyd y que trastoca los términos de su escrito no es completamente de origen ideológico, o político, sino de obnubilación total acerca de un asunto para el que decididamente no está preparado. Porque si Dios le señaló el camino, él se fue por veredas diferentes.

Lo que le ocurre a Lloyd es semejante a lo que les ocurre a todos los que se han ocupado del mismo tema. Obligados a mostrar sabiduría política, por paga o por convicción, no vacilan en aplicar los usuales parámetros para explicar lo que acaece en cualquier parte del mundo, lo mismo en Francia que en Somalia, en Nicaragua o en los Estados Unidos. Estos parámetros son el Estado liberal y su grado de madurez; la democracia individualista y la libertad de mercado. El Estado que no armonice con estos parámetros es aberrante, primitivo y, en algunas veces, criminal. De este modo se explica fácilmente el atraso económico, político y social de Somalia y Nicaragua: se debe a que su Estado es imperfecto, su democracia deficiente y su economía débil, incapaz de sostener una fuerte estructura de mercado. Y así se explica, por otro lado, el alto nivel de civilización alcanzado en Francia y en los Estados Unidos; sus instituciones jurídicas, económicas y sociales corresponden a los parámetros mencionados. No se toma en cuenta, aquí, la historia particular de cada una de estas naciones ni, tampoco, la historia de la economía a escala mundial ni las causas de su desarrollo desigual. De ahí que, para Lloyd, los problemas sociales y políticos que se dan con frecuencia en los distintos países estén vinculados estrechamente con la eficiencia de su democracia individual, con la libertad de mercado y con la fortaleza de sus instituciones jurídicas igualmente democráticas.

Si estos problemas son trágicos, como en Nicaragua y en Somalia, se debe a su inmadurez jurídica, democrática y económica; pero si estos problemas se

hacen presentes en otros países donde impera la democracia como sustratum de todas sus instituciones, entonces son problemas de familia no importa que, en algunos casos, adquieran la gravedad de lo ocurrido en Los Angeles el año pasado. Tampoco cuenta el hecho de que en las naciones democráticas existen ahora más de veinte millones de gentes sin empleo y muchas de ellas viviendo de la caridad oficial y callejera. En la democracia con libertad de mercado todo es admisible. Cualquiera puede escoger el rincón de la ciudad que más le acomode para ir a morir de hambre. Los parámetros no pierden su validez.

Lloyd pretende explicar lo que ocurre en Rusia poniendo en uso sus parámetros. Así, desde la Revolución de 17 hasta la fecha, la falta de democracia institucional dio lugar a la dictadura staliniana y a la crisis actual del estado soviético. Gorbachov no pudo realizar su propósito de reformar democráticamente a la nación y Yeltsin, ahora, se empeña en reformarlo todo.

Pero estos esfuerzos reformatorios claramente dirigidos, según Lloyd, a civilizar a Rusia, no están dando los resultados paramétricos esperados. En vez de que la democracia individual y la libertad de mercado rindan frutos civilizadores, las reformas de Gorbachov y de Yeltsin han hundido a la nación en el caos económico, político y social. Y esto es lo que confundió a Lloyd. Esta confusión lo lleva a asociarse a las interrogantes formuladas por Mary McAuley, citada por él, en donde la maestra inglesa hace saber su propia confusión: ¿Estamos acaso en presencia de una restauración o de una revolución?

Permítaseme ahora decir que los parámetros de Lloyd no funcionan en Rusia por dos razones principales. Una, que en Rusia no han existido, nunca, ni el Estado Liberal, ni la democracia individualista ni la libertad de mercado. Mientras en el mundo occidental estas

tres instituciones son el producto de la evolución de la sociedad al modo capitalista, en la Rusia de Yeltsin se presentan como reformas de un sistema que nunca conoció tales instituciones. Y como esas reformas se han impuesto por la fuerza han ocasionado, lógicamente, el desastre de la sociedad soviética. Dos: Los parámetros aplicables a la Rusia de hoy deben ser históricos y políticos y no formales, como los de Lloyd. De ahí provienen las inepticias del propio Lloyd y de quienes piensan como él.

Jueves 4 de marzo de 1993.

El Proyecto Nuevo León y Raúl Rangel

Dos acontecimientos pusieron en movimiento al mundo intelectual regiomontano, la semana pasada.

Uno fue la aparición de los primeros ejemplares del libro que contiene los escritos de Raúl Rangel Frías, publicados cuando el ahora Maestro Emérito de la Universidad de Nuevo León era apenas un estudiante preparatoriano.

El otro fue la aparición y distribución también de los primeros ejemplares, del cuaderno que contiene el *Proyecto Nuevo León*, visualizado por un grupo de jóvenes técnicos, editado por la revista *Del Norte*, aquí, en Monterrey. La presentación de la revista es lujosa en cuanto a la calidad de su papel, su excelente impresión y el buen gusto de los colores escogidos para dar realce a sus figuras y diagramas. Es un trabajo estupendo, el de estos jóvenes, y deseamos sinceramente que se de a conocer no solo a través de los medios de difusión ordinarios, sino

de modo individual a todas las personas que de un modo o de otro han demostrado interés en el desarrollo del estado.

De este cuaderno nos ocuparemos después, con detenimiento, dada la enorme importancia que tiene para Nuevo León y, por supuesto, para Monterrey, la imagen llena de optimismo bien fundado que nos ofrece el proyecto mencionado.

El hecho de que hayan aparecido estas dos obras en la misma semana nos conduce de nuevo a pensar en las ideas, proyectos y obras realizadas por el maestro Raúl Rangel Frías.

En lo que concierne a la obra cultural y material de Rangel debemos decir que son ampliamente conocidas en tanto que su máxima creación, la Universidad de Nuevo León, ha sido el hogar donde se han formado decenas de miles de regiomontanos que saben, que tanto su propia orientación vocacional como la solidez de sus estudios están cimentadas en los primeros esfuerzos de Rangel por lograr, primero, la creación de la universidad, y después, la excelencia universitaria.

No ocurre lo mismo con las ideas y proyectos, y mucho menos con la intensa lucha de Rangel por abrir paso a la transformación cultural y política de Nuevo León y de México. Y esto ocurre así porque las generaciones actuales ignoran casi todo acerca de la vida juvenil de Rangel y de su vocación revolucionaria (usamos este término en su sentido semántico y no peyorativo) que lo distinguió desde su edad adolescente. Por eso vale la pena reproducir algunos pensamientos del estudiante Rangel (1930) que aparecen entre otros en el libro que recoge sus escritos juveniles:

Nuestros más grandes fracasos...se deben principalmente a la improvisación de valores que en los momentos de zozobra no tienen la energía sufi-

ciente para encausar las fuerzas jóvenes por el camino verdadero... para plasmar en las más hermosas realidades los puros ideales de esta juventud que en el presente de México encarna, en medio de su naufragio, dos grandes pensamientos: la esperanza y la pureza. Hasta hoy solo dos fines han perseguido las generaciones que se han sucedido a través de nuestros institutos. Unos hacen de su persona el centro que únicamente merece estudio y cuidado, llegando una minoría a distinguirse en sus profesiones, la mayoría a vivir una vida mediocre y egoísta. Otros descuidan sus estudios y sin preparación alguna llegan a ocupar puestos públicos estando incapacitados para ello. La Revolución vino a modificar las condiciones. Sobre las ruinas que dejó, se prepara una generación que tiene la obligación de levantar los escombros, trabajar, estudiar las realidades de nuestra vida social, prepararse para el futuro con la experiencia necesaria, son las obligaciones de la juventud actual. Hacer a un lado la declamación inútil. La falsa oratoria; todo lo que sea construcción, estudio, preparación, comprende nuestra actitud.

Más de sesenta años después de escritas estas palabras un grupo de jóvenes universitarios responde al lejanísimo llamado del estudiante Raúl Rangel con su *Proyecto Nuevo León*.

Lunes 22 de marzo de 1993.

Tlatelolco - 2 de Octubre

Los sucesos ocurridos la noche del 2 de octubre en la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco, en la ciudad de

México, constituyen la mancha más oscura en la vida de la nación institucionalizada.

No sólo por la violencia inaudita desatada por la fuerza pública que privó de la vida a cientos (aún no se sabe cuántos) de jóvenes que se habían reunido en ese lugar para iniciar una marcha de protesta contra algo que ni siquiera ellos tenían claramente determinado; sino, y este es el aspecto terrible de aquellos sucesos, esos jóvenes, los que perdieron la vida y los que por milagro se salvaron, eran estudiantes, flores en botón de la cultura mexicana.

Muchas explicaciones se han dado sobre el origen y las causas de aquellos acontecimientos. Pero lo cierto es que, cualesquiera que hayan sido, han quedado empequeñecidos ante la magnitud de sus consecuencias.

Sin embargo, ningún hecho histórico de tan siniestra significación ha logrado escapar al juicio final de la posteridad. Si en los primeros momentos las causas aparecen borrosas por el caudal confuso y a veces contradictorio de múltiples y diversas opiniones, al correr el tiempo y al quedar al desnudo los hechos, ciertos perfiles que al principio quedaron inadvertidos cobran relieve para configurar una imagen más aceptable de lo ocurrido.

Después de veinticinco años de aquel 2 de octubre, los ánimos se han serenado, aunque no haya desaparecido el rencor, y algunos empiezan a ver como a trasluz las realidades políticas que se manejaron detrás de aquella sublevación estudiantil.

Tal vez esta sea la razón por la cual muchos de los jóvenes sobrevivientes que han llegado ahora a su plena madurez, se limiten a ofrecer testimonio sobre el conjunto de los hechos y sobre la orientación general del movimiento en el que participaron. Igualmente, perio-

distas y observadores que desde luego atribuyeron toda la responsabilidad de los sucesos al carácter intransigente del presidente Díaz Ordaz, ahora empiezan a dudar del simplismo de sus apreciaciones y a darse cuenta de que una catástrofe semejante no puede ser atribuida al mal humor de una persona.

Ciertamente, en aquellos días no se reparó en el hecho de que, veinticuatro horas después de la masacre, cuando aún había sangre fresca en la plaza de Tlatelolco, la noche del 3 de octubre, se exhibía en los cines de Laredo un noticiero (News Reel) en el que se ofrecían las imágenes continuas, desde la llegada de los muchachos a Tlatelolco hasta el final de los acontecimientos, filmadas desde el edificio Chihuahua, el mismo de donde partió el primer disparo que produjo la masacre. Se sabía del disparo que dio en el pecho del comandante de las tropas; pero no se sabía que alguien estuviese filmando calmadamente todo el espectáculo para conducir la cinta esa misma noche a Estados Unidos a exhibirla. ¿Hay enlace lógico entre los hechos, el disparo inicial, la filmación de los hechos y el apresuramiento por darlos a conocer en los Estados Unidos?

Oriana Fallaci, corresponsal de su periódico italiano fue enviada a México a cubrir los acontecimientos desde varios días antes de la noche de Tlatelolco. Ella misma recibió un balazo en una pierna. Años más tarde, *Excélsior*, de México, la entrevistó en Roma. Lo que dijo lo publicó *Excélsior*. Creemos que sus revelaciones hicieron reflexionar larga, muy largamente, a los sobrevivientes que hoy son gente madura.

Lunes 4 de octubre de 1993.

Hacia nuevas soluciones

Los hechos sangrientos ocurridos el domingo y lunes de esta semana en Moscú permiten suponer que ese capítulo de la Historia Universal conocido como Revolución de Octubre de 1917 ha quedado definitivamente cerrado, concluido.

Esto no quiere decir, como algunas gentes de pensamiento ligero pregonan, que los ideales que dieron origen a aquella revolución hayan desaparecido como factores activos del desarrollo futuro de la humanidad.

Lo que ha desaparecido es el aparato político institucional creado por Lenin en 1917. Ese aparato no volverá a restaurarse con las mismas formas y con los mismos mecanismos que lo mantuvieron vigente durante todo el presente siglo. La sociedad humana es muy distinta de la que existía en 1917; pero la estructura económica y social de esta sociedad es aún más contradictoria y conflictiva que en los tiempos de la revolución de octubre. La idea de cambio social no sólo subsiste, sino es aún más imperiosa que antes.

Pero así como nadie, excepto Lenin, pudo prever en aquellos años la aparición de un régimen como el soviético para sustituir al sistema milenario de los zares, así ahora nadie puede aventurar alguna idea válida sobre cómo será desde el punto de vista político, económico y social el régimen que en el futuro prevalezca sobre los que ahora existen en el mundo.

Porque una cosa es cierta: el orden económico y social actual está en crisis y no se ve el modo como pueda salir de ella sin una profunda transformación de sus sistemas.

¿Qué orden nuevo resultará de ese cambio, violento o no, pero ineludiblemente necesario?

Obviamente ese orden no será socialista, en el sentido vulgar de la palabra que lo asocia a la dictadura del partido comunista al estilo de la que existió en la URSS. Tal vez no será comunista en el sentido impreciso que existió en la cabeza de algunos ideólogos primitivos del marxismo. Y, sin embargo, deberá ser un orden que garantice los derechos fundamentales del hombre, el derecho al disfrute igualitario de los bienes que produce la sociedad moderna, el derecho a vivir en una sociedad que no considere al trabajo como un fin sino como un medio para acceder al estadio superior de la cultura en libertad.

Este es el ideal que permanece vivo. Corresponde a los políticos determinar el modo de realizarlo.

Miércoles 6 de octubre de 1993.

La Noche Triste para México

Hace unos quince días la nación fue sorprendida con la publicación a plena desplegada de una declaración firmada por cerca de cincuenta señores de la clase política mexicana. En esa declaración se pasaba una somera revista a la situación del país para concluir que los tiempos eran difíciles y que, por tanto, los mexicanos deberíamos mantenernos unidos ante las contingencias previsibles de la próxima elección de Presidente de la República. A la vez, los declarantes afirmaban que, por lo que a ellos correspondía, iniciaban ese proceso de unidad cerrando filas en el Partido Revolucionario Institucional y, por consiguiente, en torno de la candidatura presidencial de Ernesto Zedillo.

Lo sorprendente de esta declaración fue que quienes la firmaban eran gentes que habían ocupado altos cargos en la Administración Pública Nacional, desde presidentes de la República como López Portillo y De la Madrid, hasta secretarios de Estado y gobernadores. La lista de nombres fue impresionante y aún más el hecho de que todos hubiesen participado juntos en una declaración de unidad política, justamente cuando todo mundo sabe del distanciamiento político que existe entre algunos de ellos.

Ciertamente, la situación económica, política y social que prevalecía en esos días era sumamente delicada y frágil. Había inquietud y temor en la nación. El asesinato de Colosio había descubierto la existencia de fuerzas desconocidas pero muy poderosas, que pretendían trastocar el orden de la nación para crear el caos institucional y la anarquía en los mandos superiores del país. Otros intentos igualmente explosivos habíanse intentado con anterioridad, pero el gobierno había controlado sus efectos. Tales fueron el asesinato del Cardenal Posadas en Guadalajara y la sublevación militar en Chiapas.

El nombramiento de Zedillo como candidato sustituto de Colosio había abierto la posibilidad de acentuar más esa sórdida presión. Tan pronto se dio a conocer el nombre de Zedillo desatose una furiosa campaña de desprestigio de su persona que se extendió por todo el ámbito nacional y alcanzó repercusiones en el extranjero. Lo menos que se dijo de él fue que carecía de preparación política para gobernar a la nación. Con estos ataques se pretendía, claramente, estimular el rencor de los colosistas cuyos sueños de poder se habían venido abajo con la muerte de su jefe y destruir así la cohesión interna del PRI, precisamente, en vísperas de las elecciones.

Entonces fue cuando apareció la declaración conjunta de todos los que fueron jefes del gobierno y del partido llamado a la unidad de la clase política y dando ellos mismos el ejemplo de esta voluntad unificadora.